

Sufrimiento y heridas en el Antiguo Testamento

Sal Terrae 99 (2011) 215-226

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ

Director de *Sal Terrae*

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

esanz@teo.upcomillas.es

Resumen

La proximidad de la Semana Santa, someramente mencionada en el artículo, es ocasión propicia para adentrarse en un pasaje de Isaías, el IV Canto del Siervo, que tantas resonancias tuvo en la vida y muerte de Jesús. Un pasaje en el que destaca sobremanera la mediación del siervo herido, que cargó con errores, dolores y sufrimientos de otros. También para adentrarse en el libro de Job, el hombre recto, íntegro, temeroso de Dios, que tantas heridas sufrió y padeció durante su existencia, y que permanecieron siempre presentes en su memoria.

«Ved su figura, tal un leproso, un hombre que se acaba bajo el rayo de Dios. Pero él nos cura, que si nuestro pecado es quien lo clava y es muela la maldad que lo tritura, dio nuestra culpa en él frutos felices y son nuestra salud sus cicatrices». A muchos de los lectores de *Sal Terrae* les serán familiares estos versículos del IV Canto del Siervo (Is 52,13-53,12), tomados de la bella y conmovedora traducción de José Luis Blanco Vega, poeta, sabio y creyente, eternamente recordado y llorado por todos los que le conocieron y trataron¹.

A dicho Canto, siempre tan evocador como misterioso, y a su figura central, el siervo, nos acercamos en primer lugar en esta colaboración, que incluye también, en un segundo momento, varias pinceladas de la vida y la suerte de otro conocido personaje bíblico (Job). Ambos nos ofrecen pautas y orientaciones sobre el valor y sentido del sufrimiento y de las heridas desde una óptica veterotestamentaria.

El siervo, el sufrimiento y la mediación

Partimos de la distinción en Is 52,13-53,12 de estos dos personajes: Dios y un anónimo «nosotros». El primero, y siempre citando la bella traducción de Blanco Vega, dice del siervo al comienzo del canto: «¡mirad mi siervo! El éxito le espera. Crecerá en gloria, brillará su nombre. Si quien le mira no le ve siquiera figura humana ni apariencia de hombre». De él afirma también, al final del poema: «Yo le he dado toda una multitud como trofeo, toda una muchedumbre por legado. Porque arrostró morir, porque le veo – siervo mío- hecho carne de pecado, porque cargó sobre él vuestros errores y ruega por vosotros pecadores» (Is 53,12). Por su parte, el «nosotros», detrás del cual quizás están los judíos de la diáspora en tiempos exílicos, pronuncia respecto del siervo palabras como las que abren este artículo y estas que se citan a continuación: «pero él (el siervo) verá su estirpe bendecida, largos sus años, logro en cuanto emprenda Dios por sus

¹ J. L. BLANCO VEGA, *Y tengo amor a lo visible*, Sal Terrae, Santander 1997, 190-192.

manos. Y de cada herida le ha de brotar la luz para que entienda, que el justo mereció con su tormento todas las luces del conocimiento». Junto a ambos destaca también el siervo: él es el principal actor del poema y, sin embargo, *hace* muy poco y deja que todo suceda. Así, por ejemplo, «el éxito le espera, crecerá en gloria, brillará su nombre», «era maltratado, se sometía, no abría la boca», «llevaba nuestros dolores, soportaba nuestros sufrimientos», «nuestras rebeliones lo traspasaban». Por ello, y porque el IV Canto del Siervo está atravesado por una ausencia total de términos afectivos (por ejemplo, no se habla del sufrimiento interior del siervo) y de discurso o comunicación (ninguno de los tres personajes mencionados transmite un mensaje verbal a otro), podemos decir que en Is 52,13-53,12 destaca sobremanera el silencio del siervo, el silencio del que sufre.

Ahora bien, quizás la pregunta importante y decisiva de Is 52,13-53,12 es qué relación puede establecerse entre los dolores, enfermedades y sufrimientos que padece el siervo y el hecho de que este cargue con los pecados de otros. Ello guarda sin duda relación con la imagen de Dios que transparenta: si Dios pone como condición que dicha relación suceda para perdonar el pecado del nosotros, entonces el Dios que así actúa es ciertamente un Dios sádico; en cambio, si la citada relación, y de manera especial el sufrimiento del siervo, hacen posible que se conozca que el pecado y el mal existen, es decir, y en terminología querida por San Ignacio de Loyola, revelan «la fealdad del pecado» y la necesidad del perdón, entonces el Dios ante el que nos encontramos nada tiene que ver con el Dios sádico mencionado².

Es cierto, el deterioro, la deformación y la desfiguración del siervo son expresión del pecado de otros, de ese «nosotros» que interviene a partir de Is 53,1. El siervo inocente padece una fuerte humillación y numerosas contusiones y heridas, anunciadas ya en el III Canto del Siervo (Is 50,6-7), y causadas e impuestas por el pecado del «nosotros» y por sus enormes consecuencias devastadoras³. Es el propio «nosotros» el que afirma y confiesa todo esto en Is 53,4-5; él también reconoce haberlo conocido gracias a la revelación divina (Is 53,1).

¿Qué hace el siervo ante ello? ¿Cuál es su reacción? No se queja y permanece en silencio. Y, sobre todo, lleva los pecados de otros (del «nosotros») no por castigo divino, sino porque se hace cargo de ellos, expresando así la valencia salvífica de su sufrimiento. Ello puede desprenderse de la lectura atenta de Is 53,4-5, en la que se observa cómo el siervo acepta libremente asumir, llevar y cargar el dolor y sufrimiento (pecado) del nosotros y padecer sus consecuencias.

Is 53,6 («y eche Dios los crímenes humanos encima de sus lomos de cordero»), de no fácil interpretación, completa y confirma lo señalado sobre el siervo. Ni dicho versículo ni el que le sigue utilizan lenguaje cultural; sí, agrícola y pastoril. Ello apunta a que la acción que realiza Dios en relación con el siervo consiste en hacer visible la culpa del «nosotros» en el siervo, es decir, en establecer una conexión de tipo epistemológico y no ontológico entre el siervo y la culpa del «nosotros»: gracias al siervo y en el siervo se puede conocer y hacer visible el pecado y la culpa del «nosotros».

Todo ello tiene su punto de llegada definitivo en Is 53,10, tampoco fácil de entender y traducir. La Biblia de «La casa de la Biblia» -creemos- ofrece una exacta y ajustada traducción: «el Señor lo quebrantó con sufrimientos. Por haberse entregado en lugar de

² U. BERGES, *Das Buch Jesaja. Komposition und Endgestalt*, Herder, Freiburg im Breisgau 1998, 403-413; D. J. A. CLINES, *I, he, we and they. A Literary Approach to Isaiah 53*, JSOT Press, Sheffield 1976; P. WILCOX – D. PATON-WILLIAMS, «The Servant Songs in Deutero-Isaiah»: *Journal for the Study of the Old Testament* 42 (1988) 79-102; H. W. WOLFF, *Jesaja 53 im Urchristentum*, Brunnen Verlag, Giessen 1984⁴, 27-28.

³ Así lo expresan en Is 53,4-5 distintos términos del ámbito de la guerra («el coste de la paz»), de la enfermedad («dolores, contusiones, golpeado») y de la disciplina estricta («castigo»).

los pecadores, tendrá descendencia, prolongará sus días, y por medio de él, tendrán éxito los planes del Señor». Es un versículo que no tendría que ser interpretado en clave cultural, pues el contexto y el imaginario de Is 53 es agrícola y pastoril. Sí, en cambio, en relación con otros textos veterotestamentarios (Gn 26,10; 1 Sm 6,3), en donde se habla de la compensación por un daño causado. En el caso que nos ocupa, es el siervo sufriente e inocente el que ofrece su vida para liberar del pecado al nosotros, para compensar el daño que este ha causado y quede así saneada y restablecida su relación con Dios. Lo importante es que la ofrenda del siervo es una ofrenda libre y que ello está de acuerdo con el querer de Dios, con su plan, en el que, sin embargo, no está ausente el sufrimiento del siervo, el que se ofrece, el que media. Con otras palabras, existe una cercanía entre la libertad y la voluntad de Dios y la libertad y la voluntad del siervo⁴.

Recapitulando los diversos elementos que se han presentado con suma brevedad (ofrenda del siervo, justo y sufriente, que hace visible el pecado de otros y que posee carácter salvífico), se puede afirmar que Is 52,13-53,12 acerca estrechamente el sentido de las heridas, del sufrimiento del siervo, y la salvación que de él recibe el «nosotros» (sanación de su relación con Dios); además, los enmarca y comprende en clave de mediación.

Fue A. Wénin quien, siguiendo la estela de su maestro P. Beauchamp, apuntó la posibilidad de entender la mediación del siervo de Is 52,13-53,12 en relación con la figura de José en Gn 37-50. Sobre todo, por el eco que el IV Canto del Siervo encuentra en la historia de José: José es justo, pero es violentamente despreciado y calumniado por sus hermanos; Dios, sin embargo, lo acompaña y permanece a su lado en su desgracia, en su inmenso sufrimiento. A ello se puede añadir que la mediación de José es clave para que sus hermanos conozcan y reconozcan su pecado, su actuar violento, así como para que, apartándose de ellos, puedan recibir la posibilidad de vivir en fraternidad⁵.

La conexión de ambos textos está igualmente expresada por un importante dato: el uso de un mismo verbo, cargar, llevar (el pecado). Un verbo que se usa también en un pasaje emblemático del Antiguo Testamento, Ex 32-34, en el que Dios mismo carga con el pecado cometido por Israel (construcción y adoración del becerro de oro) y se revela como el «clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel; que mantiene su amor eternamente, que perdona la iniquidad, la maldad y el pecado» (Ex 34,6-7)⁶. Una triple conexión que recuerda cómo habitualmente en el Antiguo Testamento es Dios o alguien muy cercano a él (un mediador) el que carga con el pecado de otro, posibilitando así que este reciba la salvación. Dicha conexión nos permite hacer una doble conclusión con la que acaba este primer apartado de nuestra colaboración.

Los principales ingredientes de la historia de José son: relaciones de fraternidad rotas, providencia divina, sufrimiento de José. La relación que existe entre dicho sufrimiento y la salvación que reciben finalmente los hermanos de José (reconciliación) puede

⁴ P. BEAUCHAMP, «Lecture et relectures du quatrième chant du Serviteur. D'Isaïe à Jean», en J. VERMEYLEN (ed.), *The Book of Isaiah. Le livre d'Isaïe. Les oracles et leurs relectures. Unité et complexité de l'ouvrage*, Leuven University Press, Leuven 1989, 338-342; U. BERGES, *op. cit.* (nota 2), 409; B. S. CHILDS, *Isaiah*, Westminster John Knox, Louisville 2001, ; M. GARCIA FERNANDEZ, «Is 52,13-53,12: ¿una nueva creación?»: *Scriptorium Victoriense* 54 (2007) 14-25; B. JANOWSKI, «Er trug unsere Sünden. Jes 53 und die Dramatik der Stellvertretung», en B. JANOWSKI – P. STUHLMACHER (eds.), *Der leidende Gottesknecht. Jesaja 53 und seine Wirkungsgeschichte*, Mohr, Tübingen 1996, 40-44; ID., *Stellvertretung. Alttestamentliche Studien zu einem theologischen Grundbegriff*, Verlag Katholisches Bibelwerk, Stuttgart 1997, 88-92.

⁵ A. WENIN, «Le poème dit du “Serviteur souffrant. Proposition de lecture”»: *La Foi et le Temps* 24 (1994-1996) 493-507.

⁶ Hemos desarrollado ampliamente este tema en E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Cercanía del Dios distante. Imagen de Dios en el libro del Éxodo*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2002, 363-409.

entenderse bien si se valora en su justa medida la acción mediadora de este último, caracterizada y expresada por distintas y diversas acciones narradas en Gn 37-50. Pues bien, la citada acción, es decir, la mediación de José que lleva a la reconciliación incluye y conlleva heridas y sufrimiento que sufre el propio José, que son secundarios (la mediación, en cambio, principal).

Al volver la vista al IV Canto del Siervo podemos indicar también que sustantiva es la mediación del siervo para hacer posible que la salvación de Dios llegue al «nosotros» y que adjetivo es el sufrimiento que acompaña al que con libertad y generosidad ha llevado a cabo tal y tan decisiva iniciativa mediadora, clave para que el propio Dios pueda conducir a buen puerto las perversas acciones de los pecadores.

Hemos mencionado muy brevemente el emblemático texto de Ex 32-34, que tenemos ahora en cuenta al presentar esta segunda conclusión. En él destaca el relevante papel de Moisés, el mediador por antonomasia para el Antiguo Testamento. La mediación del gran profeta de Israel presenta en el relato de la construcción del becerro de oro (Ex 32) algunos destacados aspectos, que enumeramos brevemente a continuación:

- Moisés, que manifiesta repetidamente su vinculación con Israel, expresa que solo junto a Dios se puede conocer y comprender el verdadero sentido del pecado cometido por Israel.
- Entre Dios y Moisés se da una gran intimidad. Tanta que en algún momento es precisamente el mediador el que le recuerda a Dios alguna de las grandes verdades que le caracterizan.

Todos estos aspectos de la mediación de Moisés en Ex 32-34 pueden ofrecer pautas para conocer más a fondo al mediador y sus iniciativas. Y pueden también ayudar a completar lo señalado en este apartado sobre el siervo de Is 52,13-53,12 y a entender mejor alguna intervención de Dios en dicho pasaje: «¡mirad mi siervo! El éxito le espera. Crecerá en gloria, brillará su nombre... Yo le he dado toda una multitud como trofeo, toda una muchedumbre por legado. Porque arrojó morir, porque le veo –siervo mío- hecho carne de pecado, porque cargó sobre él vuestros errores y ruega por vosotros pecadores».

«El Señor devolvió a Job su anterior prosperidad... y duplicó todos sus bienes» (Job 42,10)

No suele ser muy habitual citar el versículo anterior del libro de Job cuando se quiere hacer una breve síntesis del mismo, cuando se quiere recoger su mensaje central y principal. Sí, en cambio, otros como: «te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5). Las dos citas mencionadas no pueden, sin embargo, separarse excesivamente, pues, aunque resaltan aspectos distintos del libro de Job, permiten entrar en él desde una interesante óptica que aquí tenemos en consideración, y que nos acercan al tema de nuestro interés: las heridas en el libro de Job.

«Job era un hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» (Job 1,1). Son palabras del narrador del libro de Job, que presentan con brevedad y exactitud a su protagonista, y refrendadas por el propio Dios unos versículo después. Ahora bien, la vida, la bendición, la prosperidad y la salud de ese hombre tan cabal es puesta en duda y en clara discusión por Satán, que pone en crisis a Job y hace saltar por los aires lo que para él, como para cualquier otro hombre de la Antigüedad, era tan sagrado: una abundante descendencia (hijos e hijas), numeroso ganado (bueyes, asnas, camellos) y larga salud y muchos años de vida.

Llamativa es la primera respuesta de Job a este duro sinvivir: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor! (Job 1,21); «si se acepta de Dios el bien, ¿no habremos de aceptar también el mal?» (Job 2,10). También la segunda, que hace saltar por los aires lo anteriormente expresado; en ella Job muestra su enorme disconformidad con el citado sinvivir: no tiene sentido vivir muriendo, no tiene sentido llevar una existencia cargada de límites absurdos. Por eso, continúa, «¿por qué no quedé muerto desde el seno? ¿Por qué no expiré recién nacido?... Ahora dormiría tranquilo y descansaría en paz... Ahora no existiría como un aborto ignorado, como los niños que no vieron la luz» (Job 3,11-16).

Además, dicha respuesta activa un interesante proceso en el que, además del protagonista del libro, intervienen sus tres amigos (Bildad, Elifaz y Sofar), Elihú y Dios, el creador bueno. A lo largo de numerosos capítulos (Job 3-27), Job y sus tres amigos intercambian una serie de discursos, que poseen el carácter no de diálogos sino de monólogos. En ellos, Job defiende su inocencia y sostiene que, según la doctrina sapiencial clásica, el justo no puede sufrir ningún mal y por eso apela a Dios para que vaya a su encuentro y le explique el porqué de su situación. Los amigos, en cambio, intentan convencerle de la vigencia de la doctrina de la retribución, que afirma que el mal alcanza al que comete el mal, pero el justo conoce la felicidad. En realidad, Bildad, Elifaz y Sofar no presentan con exactitud la mencionada doctrina y concentran todo su interés en que Job reconozca el mal cometido y se arrepienta de él ante Dios.

El encuentro entre Job y sus amigos no produce el fruto esperado. Al contrario, es más bien un claro desencuentro. Por eso, al final de los tres ciclos de discursos el libro de Job se encuentra en un callejón sin salida, del que parece complicado salir. Job 28, decisivo para comprender el libro de Job en su totalidad, actúa como de *motor de arranque*, ofreciendo a su protagonista un camino por el que reemprender la marcha. Es una meditación sobre la sabiduría inaccesible, en la que se afirma que solo Dios conoce el camino de la sabiduría y sabe dónde encontrarla (Job 28,23), es decir, que solo Dios conoce el sentido y el misterio de la vida, de la que forma parte, y en una importante medida, el sufrimiento humano. El hombre, en cambio, no la puede conseguir ni con su enorme y continuo esfuerzo (Job 28,1-12); tampoco poniendo en práctica capacidades y habilidades comerciales, pues la sabiduría no se vende en ningún lugar (Job 28,13-20).

En Job 28 encontramos también una interesante referencia: «la perdición y la muerte reconocen: a nuestros oídos ha llegado su fama (la de la sabiduría)» (Job 28,22). Si en los versículos anteriores se sostenía con firmeza que solo Dios conoce la sabiduría, el misterio y el secreto de la vida, ahora, y en sintonía con ellos, se afirma que el misterio de la muerte, del dolor y del sufrimiento la conocen «de oídas» y, por eso, acercarse a la muerte y al sufrimiento es acercarse a la sabiduría, es decir, al sentido de la vida y la existencia.

Importante es también recordar y destacar la centralidad de Dios en la citada meditación sobre la sabiduría. El libro de Job parece dar en este momento un giro decisivo, pues hasta entonces era su protagonista el que ocupaba su lugar central. Desde su comienzo (Job 3), este último había iniciado una importante marcha en busca de Dios, a quien se dirigía repetidamente, en muchos momentos con gran dolor y sufrimiento, y en quien esperaba profundamente, pero de quien no recibía ninguna respuesta a su inquietud y pregunta principal: ¿por qué sufre el justo? Una marcha acompañada de manera muy especial por la pregunta de Job «¿quién es Dios?», y por las innumerables respuestas que «el hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» ofrece a lo largo de muchos capítulos (Job 3-27): Dios es el culpable de su sufrimiento (Job 3), el guardián y vigilante insoportable, que lo controla y escudriña a diario sin dejarle pasar una falta (Job 7), su defensor (Job 16), su liberador y rescatador, su *goel* (Job 19), el

juez arbitrario e injusto que gobierna el mundo sin preocuparse por los inocentes y las víctimas de la injusticia.

Un Dios que, tras su larguísimo y prolongado silencio, contesta finalmente a Job «desde la tormenta» (Job 38,1; 40,6), es decir, mediante una teofanía o revelación de su ser. En una doble y complementaria intervención, Dios confronta, por una parte, a Job con sus límites sobre el saber y el poder (sobre el sentido de la vida) y, por otra, sobre el lugar que le corresponde en la creación. Con palabras duras y avasalladoras, tanto como las utilizadas en capítulos anteriores por el protagonista del libro, Dios parece ensanchar el corto horizonte de Job, quien probablemente había quedado atrapado y encarcelado por el sufrimiento, por su carácter destructor. Y lo ensancha también despojándole de todo instinto de querer ser como Dios, creador y Señor, y situándolo en el lugar que le corresponde en la creación: ser criatura (Job 38,1-41,26).

Job parece entonces haber comprendido que solo Dios es creador y Señor, que solo Él es sabio y que solo Él conoce bien cómo funcionan la creación y las criaturas, incluidas algunas tan destructoras o monstruosas como Beemot y Leviatán, que personifican el mal en la creación, y que únicamente Dios conoce (Job 40,15-41,25). Y lo expresa en Job 42,4-6, cuando se dirige así a Dios: «Escucha, déjame hablar, yo te preguntaré y tú me responderás. Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me consuelo, cubierto de polvo y ceniza». Después de un largo camino, marcado por el profundo sufrimiento, Job ha conocido a Dios de un modo distinto: por un lado, como el que instruye y enseña a la criatura, que es la que pregunta; por otro, como el creador que en el encuentro con la criatura se revela y revela su verdad. Eso es lo que precisamente conforta a Job, quien encuentra consuelo en el sufrimiento.

Ahora bien, es el epílogo del libro de Job (Job 42,7-17) el que nos ofrece una clave de comprensión del sentido del sufrimiento, de las heridas que sufre su protagonista y que permanecen marcadas en él hasta el final de su vida, tal y como se puede comenzar a leer en Job 42,10: «el Señor devolvió a Job su anterior prosperidad después de haber intercedido a favor de sus amigos; y hasta duplicó todos los bienes que Job tenía antes». Es cierto que en el epílogo se habla de la restauración de la suerte de Job. Pero es cierto también que un análisis detallado de distintos elementos del mismo permite concluir que Job no alcanza la curación de las heridas que le produce Satán al comienzo del libro y que sigue enfermo al final de su recorrido, con «la llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla» (Job 2,7). Y cierto es también que, aunque Job recibe el doble de lo que había perdido (hijos, ganado), no se le restituye lo que era suyo y había perdido, y, por tanto, no vuelve a su primera y antigua condición. Quizás ello quiere decir que la felicidad final de Job no cancela el sufrimiento que lo ha acompañado durante muchos capítulos del libro, durante gran parte del recorrido por él andado. Por eso, sus heridas permanecen abiertas y su sufrimiento sigue en él presente; muy probablemente en su memoria, pues nadie lo borra ni elimina.

Ahora bien, no convendría olvidar diversos elementos ya mencionados y otros que presenta el epílogo del libro de Job, que nos permiten entender mejor el sentido de las heridas padecidas por su protagonista. No hay duda en afirmar que el libro de Job no invita a sufrir por sufrir, a padecer de manera masoquista. No, el libro de Job, especialmente en Job 42, sostiene que aunque el dolor y el sufrimiento del hombre recto no tengan explicación (¿por qué sufre el justo?), sí tienen un final: que en la muerte se puede conocer a Dios, que se manifiesta y revela como el creador bueno. Dicho de otra manera: cuando se puede experimentar a Dios como quien es, la vida y la realidad cambian, incluso cuando esta es únicamente un sinvivir. Esta es, sin duda, la experiencia de Job tal y como la manifiesta en su conocido «te conocía solo de oídas pero ahora te han visto mis ojos». Esta es también la gran verdad de Job, del *mismo* y

del *nuevo Job*, el que intercede por sus *enemigos* (Bildad, Sofar, Elifaz) y reza por los que le persiguen (Mt 5,44; Lc 6,28), el que es reintegrado socialmente y genera vida, a pesar de estar enfermo, el que actúa con gratuidad, como el propio Dios, haciendo herederas a sus hijas e hijos (inédito en Israel, donde las hijas no heredan cuando viven todavía los hijos), el que recibe también con gratuidad lo que no había pedido (hijos, riqueza, larga vida). Todo ello lo cuenta con brevedad Job 42,7-17, el epílogo del libro de Job⁷.

Faltan pocas semanas para que los cristianos celebremos un año más el misterio central de nuestra vida: la muerte y la resurrección de Jesús. Durante su vida, y especialmente durante su muerte en Jerusalén, el Hijo de Dios sufrió mucho y de muchas y diversas maneras. Su sufrimiento, sin embargo, no fue estéril. Como Job, en él aprendió a conocer a Dios de otro modo: no solo como el Dios mayor sino también como el Dios menor (J. Sobrino). Como Job, Jesús intercedió por sus perseguidores. Como Job, supo vivir agradecidamente todo lo que recibía de Dios.

En la sobria y devota celebración de Viernes Santo, en la que pronto participaremos, leeremos el IV Canto del Siervo. Al igual que este, la sustantiva mediación de Jesús, no exenta de sufrimiento, nos ha traído la salvación de Dios. Así lo entendió la Carta a los Hebreos, al afirmar en varios pasajes que la pasión y la glorificación de Jesús establecieron una auténtica mediación entre Dios y los hombres. Así lo entendió también el IV Canto del Siervo, cuando, en boca de Dios, grita -en palabras que nosotros referimos a Jesús- «porque arrojó morir, porque le veo –siervo mío- hecho carne de pecado, porque cargó sobre él vuestros errores y ruega por vosotros pecadores».

⁷ L. ALONSO SCHÖKEL – J. L. SICRE DÍAZ, *Job. Comentario teológico y literario*, Cristiandad, Madrid 1983, 391-408, 531-605; B. COSTACURTA, «“E il Signore cambiò le sorti di Giobbe”. Il problema interpretativo dell’epilogo del libro di Giobbe», en V. COLLADO BERTOMEU (ed.), *Palabra, prodigio, poesía. In memoriam P. Luis Alonso Schökel, S.J.*, Pontificio Istituto Biblico, Roma 2003, 253-266; K. ENGLJÄHRINGER, *Theologie im Streitgespräch. Studien zur Dynamik der Dialoge des Buches Ijob*, Verlag Katholisches Bibelwerk GmbH, Stuttgart 2003, 22-31, 157-196; J. LÉVÊQUE, *Job ou le drame de la foi*, Cerf, Paris 2007, 131-173, 217-234; F. MIES, *L’espérance de Job*, Leuven University Press, Leuven 2006, 287-296, 394-439; ID., «Job a-t-il été guéri?»: *Gregorianum* 89 (2007) 703-728.